

Laura Gotkowitz. *A Revolution for our Rights. Indigenous Struggles for Land and Justice in Bolivia, 1880-1952*. Duke University Press, Durham and London, 2007, 398 pp.

Laura Gotkowitz ha escrito un libro sumamente interesante en torno a los antecedentes de la revolución boliviana de 1952. En mucho, Gotkowitz se pregunta cómo se fue construyendo una tradición radical en Bolivia que explica la revolución de 1952 y persiste hasta nuestros días. Dicha pregunta fuerza a la autora analizar la historia boliviana de fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX desde diferentes ángulos. La autora ha reflexionado respecto de los movimientos sociales con relación a lo étnico, al Estado, a la relación entre la sociedad y las leyes, a la relación entre la ciudad y el campo y, en especial, al empoderamiento de la población indígena a través de una narrativa histórica. Quizá el mayor mérito del libro sea conectar historias cuya articulación se nos ha hecho difícil de percibir en la actualidad. Al hacer esta articulación transparente replantea una lectura acerca de la tradición radical boliviana: que está sumamente comprometida con la premisa de que los sectores menos favorecidos son actores activos (agentes) de la historia.

Para la autora, hay que ir varias décadas atrás para comprender las transformaciones de la sociedad y el Estado boliviano que dieron origen a la revolución de 1952. De igual modo, *A Revolution for our Rights* recalca la necesidad de estudiar las diferentes formas de empoderamiento de la población indígena para entender a cabalidad el resquebrajamiento del antiguo orden. Estas diversas formas de empoderamiento tenían en común la formación de redes sociales. Los indígenas demandan por sus derechos políticos y sociales así como por la defensa de lo que consideraban que les pertenecía: la tierra. Estas demandas, sin embargo, se van transformando de acuerdo a los contextos sociales y políticos. La cronología de larga duración y el estudio del empoderamiento de la población indígena que hemos señalado son dos ejes centrales del libro.

¿Cómo se diferencia y qué comparte *A Revolution for our Rights* con los otros trabajos en torno al tema? Como sostiene buena parte de la historiografía boliviana (Klein, 1968), la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1936) y la actuación de los sectores urbanos son importantes para el estudio de los orígenes

de la revolución. De acuerdo a la autora, sin embargo, es necesario remontarse más atrás en el tiempo, a la década de 1880, y resaltar allí la actuación de los indígenas. El corte de 1880 es clave. Es el inicio del asalto masivo de las tierras de comunidades bajo la bandera del liberalismo. Ocurrirá una segunda vez a inicios del siglo XX. Ambas situaciones generan una reacción en defensa de lo que los indígenas consideran sus derechos y se multiplica un liderazgo bajo los caciques apoderados. Estos no son los caciques al estilo colonial. A pesar de que algunos de ellos trazan genealogía de aristocracia indígena, su legitimidad y su acción son de carácter diferente. Su legitimidad nace de su acción política y su actividad es la defensa de la comunidad indígena. En su análisis de los caciques apoderados, los trabajos del Taller de Historia Oral Andina (THOA) han sido fundamentales¹. El THAO ha implicado una renovación en la historiografía boliviana que ha impulsado la noción de que los indígenas han sido agentes activos de su historia. De otro lado, la cronología propuesta por la autora no implica desechar la importancia de la Guerra del Chaco. Respecto de este episodio hay un antes y un después que implica la inclusión de otras formas de empoderamiento de la población rural y su relación con el mundo urbano. Los caciques apoderados pierden presencia mientras, por otro lado, se incrementan las demandas de los campesinos de las haciendas bajo otro tipo de liderazgo. Los sindicatos rurales y las huelgas en las haciendas aumentan en intensidad, exigiendo un mejor trato (en contra de los servicios personales) y, muchas veces, también tierras. De modo paralelo, se inicia un proceso de radicalización paralela en la ciudad. De igual modo, aparecen los militares con un discurso populista y antioligárquico. Hay un énfasis de una nación mestiza.

La propuesta de una lectura de larga duración en el proceso de la creación de una tradición radical y la explicación del empoderamiento de la población indígena cambia nuestra visión de la historia boliviana previa a la revolución. En las conclusiones, defendiendo su tesis, la autora sostiene que de otra manera las acciones de los indígenas de tomas de tierras y actos violentos de reivindicación durante la revolución serían incomprensibles. El MNR no era el partido con el discurso más radical en torno al problema de los indígenas; sin embargo, ante una situación de debilitamiento de las estructuras de poder, los indígenas actuaron y tomaron lo que consideraban eran sus derechos. De algún modo, la tradición radical ya había destruido el capital simbólico de las oligarquías terratenientes bolivianas. Durante la revolución, se podría decir que los indígenas cosecharon lo que habían sembrado: la desestructuración del sistema agrario oligárquico.

A Revolution for our Rights busca explicar las diferentes formas de empoderamiento indígena a través del estudio de los movimientos sociales que van desde acciones de índole pacífica tales como la redacción de peticiones, elecciones de líderes, lobbys en el Congreso y en Palacio de Gobierno hasta acciones de carácter violento, como la participación en guerras civiles, revueltas y rebeliones.

¹ Ver los innumerables y valiosos trabajos de Marcelo Fernández Osco, Roberto Choque Canqui, Esteban Ticona, Humberto Mamami Capchiri, entre otros.

Hay una tesis subyacente en el libro de una cierta continuidad y formación de una tradición radical boliviana; esto implica una conexión en dichas acciones colectivas que, vistas por separado, aparentan no tener relación, pero que bajo la hipótesis subyacente conformarían una cultura política radical anti oligárquica. La obra descubriría así una tradición mapeada básicamente en el Altiplano y, sobre todo, en Cochabamba, aunque otras regiones son mencionadas tangencialmente también. Vale la pena anotar que la importancia de Santa Cruz, que actualmente es actor fundamental en la política boliviana, está más ligada a la historia de la segunda mitad del siglo XX boliviano. El contrapunto entre Cochabamba y el Altiplano es especialmente interesante. El perfil social y económico de ambas regiones es bastante diferente y, muchas veces, sus actores sociales reaccionan de modo distinto ante una misma política del gobierno.

Destaca en *A Revolution for our Rights* una inmensa riqueza en el análisis en torno a la formación de redes sociales. Se muestra con claridad que los diversos liderazgos indígenas formaron redes poderosas desde la localidad hasta la capital, el centro del poder. Los caciques apoderados nos ofrecen el primer ejemplo de ello, y continúa luego con los ejemplos de otros líderes. Las diversas acciones colectivas de los indígenas no estaban desligadas de sus relaciones con el centro del poder. En su lucha, van formando una visión nacional de estas redes y sus objetivos, que se articulan. De algún modo, uno de los ejes del libro es el contrapunto entre lo local y lo nacional a través del estudio del entramado de los contactos entre los agentes.

Uno de los últimos capítulos estudia el Congreso Nacional Indígena del año de 1945, durante el gobierno de Gualberto Villaroel. En dicho capítulo hay referencia de cómo se eligió a los representantes locales y cómo la población participó en la elección de sus representantes y en la confección de las temáticas de su preocupación. Tal vez habría sido interesante que la autora ofreciera algo más de detalle con ejemplos puntuales en este punto. El Congreso contó con la participación del Presidente y de igual modo asistieron los embajadores de México y los Estados Unidos. El primero representaba la revolución mexicana y el indigenismo apoyado desde la esfera oficial, y el segundo representaba el sueño de la ayuda americana en la transformación de Bolivia. Lo local, lo nacional y lo internacional entretejido.

El trabajo de Gotkowitz considera el Estado y la cuestión pública como elementos centrales de su estudio. El libro gráfica muy bien cómo los indígenas así como también los hacendados luchan por imponer sus diversos y contradictorios puntos de vista en la política de gobierno. La lucha por cambiar y aplicar la ley es fundamental. El trabajo muestra varios ejemplos de cómo la población indígena tuvo lecturas propias de las leyes. El combate político no terminaba en la proclamación de una ley, sino que en realidad éste continuaba con su interpretación y puesta en ejecución.

El trabajo dedica varias páginas al análisis de la aplicación de las leyes en contra del servicio personal y a favor de los colonos. Los servicios personales fueron fuente constante de conflicto, y muchas veces las leyes que los derogaban no

podían ponerse en práctica. Poco después de la Guerra del Chaco, durante la presidencia del militar Germán Busch, hay una política favorable a los colonos. Para la década de 1930, se recalca mucho los debates constitucionales y la propia constitución de 1938. Para un período anterior, el libro estudia las demandas que exigen protección a las comunidades y garantías individuales. Trata de explicar la paradoja de un discurso basado en la diferencia insertado en un lenguaje liberal. En ambos ejemplos, se busca mostrar que el Estado y las leyes están íntimamente ligados a las relaciones del poder; estas, sin embargo, van evolucionando a favor de los indígenas con sus contramarchas. Esto ocurre, según el libro, desde dos puntos de reflexión: por un lado, que los indígenas fuerzan leyes sociales en favor de sí mismos y que, por otro lado, pueden forzar a veces la lectura de la ley de acuerdo a sus posiciones.

Desde una lectura desde la historia peruana, aunque hay algunas referencias de vinculaciones de algunos caciques apoderados con el Perú, hubiera sido interesante conocer los vínculos —que deben haber existido— con la población del altiplano peruano. En el libro de José Luis Renique, *La batalla por Puno* (2004), se narra un esquema similar al de los caciques apoderados durante los años 1920, los del gobierno de Augusto B. Leguía. Por los mismos años del activismo político de los caciques apoderados bolivianos se había formado redes similares en el Perú. En *Mirages of Transition: The Peruvian Altiplano 1780-1930* (1993), Nils Jacobsen demuestra cómo los estancieros de Puno acumularon tierras a costa de las comunidades indígenas desde mediados del siglo XIX. Para Gotkowitz, la acumulación de tierras por parte de los hacendados es un fenómeno clave para la acción política de los caciques apoderados.

Sé que un libro no debe responder a todas las preguntas; sin embargo, los libros que tratan de las comunidades indígenas en el periodo postcolonial tienen que afrontar siempre un problema: ¿cómo hay que tratar a las comunidades? Es un enigma no del todo esclarecido entre la relación entre las comunidades indígenas coloniales y las de inicios del siglo XX. Han pasado más de 100 años y el mundo rural no es estático. No hay duda de que el vínculo existió; sin embargo, respecto de la historia de fines del XIX o del XX se trata de una pregunta que queda abierta. En el Perú hubo un conjunto de comunidades que se reinventaron a través de la creación de municipios. Es la misma apuesta que Antonio Annino hace para México². Es difícil responder a la pregunta del por qué éstas fueron abolidas formalmente así como el cargo de cacique y, sin embargo, persistieron, se recrearon y, en muchos casos, se fragmentaron a lo largo del tiempo. Con respecto a las autoridades indígenas, hubo una fragmentación del liderazgo bajo el casi exclusivo de los alcaldes de indios al desvanecerse el poder de los kurakas, como lo demuestra Scarlett O'Phelan para el caso peruano (1997).

Leyendo el libro y revisando las notas, la bibliografía y los agradecimientos, se nota que el trabajo de Gotkowitz ha implicado varios años de estudios en archivos,

² *Ciudadanía política*, pp. 62-93.

bibliotecas y debates en talleres de investigación y diálogo con sus colegas. El libro muestra un gran manejo de fuentes históricas de diferentes tipos (peticiones, panfletos, juicios civiles y penales, debates parlamentarios, entres otros) con un análisis muy fino de interpretación. Se comprueba esto último en particular en el análisis del significado de los términos y sus múltiples usos e implicancias. La autora dedica varias páginas para explicar conceptos tales como «campesino», «cacique», «colono», «indio», entre otros. Dichos términos grafican la heterogénea y cambiante realidad rural boliviana. Muchas veces, el mismo término responde a realidades muy diferentes. «Cacique», término colonial, es un claro ejemplo de ello. El referente difiere, como ya se ha mencionado, del cacique colonial. De igual modo, el libro muestra una rica historiografía boliviana y norteamericana de los movimientos sociales de la época estudiada. Consideramos que la obra establece así un diálogo positivo con la historiografía y sabe sacar lo mejor de ella. En pocas palabras, hay un excelente contrapunto entre las fuentes, la historiografía y la propuesta de la autora.

Repito lo dicho a lo largo de la presente reseña, *A Revolution for our Rights* nos permite pensar las formas complejas y diversas de empoderamiento de las poblaciones indígenas que, de algún modo, influenciaron en la política nacional, así como la manera en que la política nacional marcó la pauta del comportamiento de las mismas. El libro nos muestra una historia de empoderamiento de la población indígena bastante lejana de la idea común entre muchos de que los indígenas estaban desvinculados de la problemática nacional. El libro de Laura Gotkowitz no solo nos ayuda a pensar la historia boliviana sino también la historia de muchos de los países hispanoamericanos con una fuerte población indígena en que el enfrentamiento por la tierra y otros derechos han marcado nuestra historia, nuestro presente y nuestro futuro.

Referencias citadas

- ANNINO, A., 1999 – Ciudadanía versus gobernabilidad republicana en México. Los orígenes de un dilema. In: *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina* (H. Sábato, ed.); México: FCE-CM.
- JACOBSEN, N., 1993 – *Mirages of Transition: The Peruvian Altiplano 1780-1930*; California: University of California Press.
- KLEIN, H., 1968 – *Orígenes de la revolución nacional boliviana: la crisis de la generación del Chaco*; La paz: Librería y editorial «Juventud».
- O'PHELAN, S., 1997 – *Kurakas sin sucesiones*; Lima: CERA «Bartolomé de las Casas».
- RENIQUE, J. L., 2004 – *La batalla por Puno. Conflicto agrario y nación en los Andes peruanos*; Lima: IEP, CEPES, SUR.

Cristóbal ALJOVÍN DE LOSADA

Elizabeth del Socorro HERNÁNDEZ GARCÍA. *La elite piurana y la independencia del Perú: La lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)*. Instituto Riva Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad de Piura, Lima, 2008, 476 pp.

Los estudios recientes de los procesos de independencia en América Latina vienen cuestionando la tendencia focalizada de la historiografía en indagar mayormente los centros de poder coloniales como escenarios trascendentales y tal vez únicos desde donde se podría explicar el desenlace de la ruptura con España. Es incuestionable el fundamento de esta crítica cuando en el Perú de fines de la Colonia se perciben las disparidades regionales y los intereses conflictivos de los grupos sociales por el predominio en la configuración política de sus respectivas zonas de influencia. Así, reflexionar la participación política, social y económica de los sectores sociales en los espacios regionales ha resultado algo ineludible y sumamente atrayente.

En ese sentido, la propuesta argumentativa y sólidamente documentada de Elizabeth Hernández García, sobre la participación de la elite piurana en el proceso de independencia, no admite duda de la riqueza de estas investigaciones regionales relacionadas al espacio virreinal peruano. Hernández —doctora en Historia por la Universidad de Navarra en España y excelsa investigadora de la clase dirigente del norte peruano de los siglos XVIII-XIX—, parte de la tesis de que la historiografía de la Independencia ha soslayado el análisis de las historias regionales y la vinculación que en estos espacios mantuvieron los grupos sociales ante los vaivenes políticos que significaron los movimientos insurgentes en el Perú (p. 18). Así, señala que únicamente los estudios que relacionen a los grupos sociales, que permitan conocer sus identidades y que abarquen incluso la exploración de los intereses comunes o contradictorios que estos poseían, permitirá una comprensión más real de su participación y el comportamiento que asumieron en la independencia (p. 42).

En esa perspectiva, la autora examina la trayectoria de la elite piurana en ese proceso sin dejar de mencionar la presencia de las clases populares. Los grupos prominentes de Piura basaron su poder en la zona estratégica de su territorio, el progreso económico local, las conexiones con otras regiones coloniales propicias para el comercio, la posesión de haciendas, el gobierno político de la región y su identificación como «vecinos nobles de la ciudad» en abierta diferenciación con el pueblo incivilizado y salvaje (cap. 1). Precisamente, esta distinción significó el carácter medular de la superioridad de la elite y, al mismo tiempo, el recelo y el temor constante que sentían por indios y negros como posibles focos potenciales de movimientos revolucionarios. Esto llevó a que los grupos de poder buscaran el control y la subordinación de la plebe y prodigaran asimismo su íntima fidelidad a la corona española (pp. 43-45).

Como afirmamos, la elite piurana mostró su poder económico a través de la adquisición de haciendas y la participación activa en el comercio, situación que conllevó a posesionarse del gobierno político de la región. Sin embargo, esta misma elite comprendió que eso no era suficiente para destacar e influir en las esferas políticas del poder colonial en América. Por ello, precisaron la educación superior de sus hijos en las principales instituciones educativas de Lima y de otras ciudades con el objetivo de acceder a puestos políticos superiores en la capital del virreinato (cap. 4).

A lo largo del período colonial la elite de Piura evidenció diversos mecanismos de supervivencia que le permitió mantenerse en la posición de privilegio en que se encontraba (cap. 3). Esos elementos —como la división social y económica de superioridad de los nobles sobre la plebe, la movilidad social principalmente por factores económicos, el título de nobleza a pesar de ser considerados una «nobleza no titulada», la ascendencia española y la limpieza de sangre, las relaciones de parentesco a través de matrimonios concertados exclusivamente con españoles, la formación superior de sus descendientes y la adjudicación de cargos burocráticos—, supusieron la reafirmación de su poder regional y la fuerte decisión, hasta el último momento de la proclamación de la independencia en Piura, de su tendencia política en clara defensa de sus intereses particulares como grupo social antes que un fervor patriota o un fidelismo declarado (pp. 109-131).

Este comportamiento de la elite piurana puede apreciarse en dos coyunturas específicas de la Independencia. Durante la experiencia de la crisis hispana y las Cortes de Cádiz, la elite de Piura logró adquirir un protagonismo político sobresaliente asignándose el control absoluto del Cabildo como el medio y espacio de perpetuación del poder regional (p. 185). Es sintomático que esta institución estuviera en poder de pocas familias; esto permitió que en medio de la crisis peninsular el grupo prominente de Piura se convirtiera en el baluarte del gobierno monárquico y profesará la adhesión a la causa de Fernando VII y el mantenimiento del *statu quo* (pp. 193-197). Los notables estuvieron en una posición política dinámica y dominaron las elecciones para diputados a Cortes, los ayuntamientos y los cabildos constitucionales, estableciendo la continuidad de su poder tradicional en medio de la «política moderna». Así, en la composición del Cabildo «eran otros nombres pero los mismos apellidos» (pp. 226-233). No obstante, esto no significó que la elite fuera un grupo homogéneo sin discrepancias e intereses políticos y económicos. En esa coyuntura se produce el conflicto de dos facciones por el poder: unos, defendiendo los intereses de la elite tradicional y, los otros, recién llegados y buscando posicionarse de un espacio de participación política efectiva. Estos últimos incluso se atrevieron a utilizar a la plebe como un mecanismo disuasivo para que la otra parte aceptara ceder una parte de su poder (pp. 249-250). A pesar de estos conflictos la elite de Piura mantuvo su lealtad a la Corona siempre y cuando esto suponía la seguridad de sus bienes y el reconocimiento de su poder regional (pp. 260-268).

Estas conductas autónomas plagadas de intereses políticos calculados de acuerdo a los cambios coyunturales se verán con mayor claridad en el período

del desenlace de la Independencia. La elite de Piura ante la amenaza de una revolución social de la plebe, el asedio de Lord Cochrane sobre el estratégico puerto de Paita y el inminente avance de los patriotas, siguió apostando a la seguridad de sus intereses primordiales vinculados al poder español (pp. 271-286). En ese sentido, la proclamación de la independencia en Piura en enero de 1821 debe entenderse como una adhesión coyuntural e interesada de la elite que se vio presionada por la fuerza militar y política de Torre Tagle que ya había establecido la independencia en Trujillo (p. 303). Incluso, durante los años de la consolidación de la Independencia (1821-1824), la elite piurana volvió a demostrar la preponderancia de sus intereses regionales antes que la defensa del nuevo orden. Por ejemplo, ante los requerimientos económicos de San Martín y Bolívar, para solventar las guerras de independencia, esta elite piurana puso en juego diversas estrategias para desatenderse de las contribuciones forzosas a la causa patriota y más bien apostó por los empréstitos a los libertadores porque esto le suponía suculentas ganancias por los intereses que recibirían después (pp. 334-339). Además, cuando se efectivizó la política antiespañola del ministro Bernardo Monteagudo sobre la clase propietaria peninsular, tanto en Lima como en provincias, los miembros de la elite de Piura, al tener claras relaciones de parentesco e intereses económicos con los españoles, asumió la defensa soterrada de este grupo perseguido, llevando a cabo diversas estratagemas como nupcias con piuranas, la naturalización peruana, la huida por la sierra o la llegada a Paita en busca de navíos neutrales (pp. 329-333). Las mismas discrepancias entre el gobierno central de Lima y los notables del Cabildo piurano, al no aceptar injerencia política ni nombramientos de autoridades que no sean oriundos de esa zona del norte peruano, hicieron percibir la autonomía y los intereses particulares de esa elite, llegando incluso, en los caóticos años de la anarquía política que siguió a la salida de San Martín del Perú, a apoyar a Riva Agüero en contraposición a la autoridad política de Lima representado en esos momentos por Torre Tagle (pp. 322, 346-347).

En estos hechos y comportamientos políticos queda claro que la lucha por el ideal libertario fue una necesidad de subsistencia y el mantenimiento del espacio de poder que esta elite de Piura poseía (pp. 352-353). Entonces, esta tesis de la férrea defensa del poder regional y autónomo arrogada por la elite piurana en todo el proceso de la independencia, apostando por la *continuidad*, se ejemplificó estupendamente bien en la trayectoria política, social y económica de Francisco Javier Fernández de Paredes y Noriega, el último marqués de Salinas. Hombre de su tiempo y de las circunstancias políticas, fiel defensor del Rey y la monarquía española mientras esta le brindaba la seguridad y el espacio de poder suficiente para acrecentar sus riquezas y preeminencia social. Patriota interesado y circunstancial en la búsqueda de la continuidad de su poder y la extensión de sus privilegios en la nueva república (pp. 355-375).

En definitiva, Elizabeth Hernández García a través de este estudio de la elite piurana ha demostrado en muchos sentidos la existencia de esa conflictividad de intereses autónomos dentro de los grupos de poder regionales que no deben ser soslayados al momento de indagar el papel de estos grupos, relacionados también

a los sectores populares, en la configuración del proceso de la independencia peruana. Asimismo, estos argumentos de la autora permiten corroborar y ampliar, con las obvias variantes de las áreas estudiadas, las hipótesis tentativas de la nueva historia peruana de los años 1970 referente a esta etapa de análisis. Igualmente, la tesis principal de la autora se asemeja a las ideas propuestas por Sarah Chambers y Víctor Condori sobre el comportamiento político que tuvo la elite de Arequipa, con su pragmatismo y regionalismo antes que el deseo realista o patriota, en esta coyuntura de transformaciones sociales con la continuidad del poder regional. Por lo tanto, de diversas formas este libro cubre las expectativas de los lectores al señalar y aclarar sobre bases sólidas el siempre polémico y complicado proceso por el cual los peruanos llegamos a la vida republicana.

Daniel MORÁN

Marc Becker. *Indians and leftists in the making of Ecuador's Modern Indigenous Movements*. Duke University Press, Durham and London, 2008, 336 pp.

Dos argumentos atraviesan el trabajo de Marc Becker. Por una parte, el autor sostiene que el vigoroso movimiento indígena que sacudió la política ecuatoriana en los años noventa no emergió del vacío sino que fue el producto de una larga historia de organización de las comunidades indígenas que comenzó a articularse hacia la década de 1920. Por otra parte, señala que la formación de estas organizaciones solo puede entenderse por el profuso y continuo diálogo entre activistas indígenas e intelectuales urbanos de izquierda.

El libro, organizado cronológicamente, comienza con los primeros esfuerzos de líderes indígenas en los años de 1920 para la formación de sindicatos agrarios; continúa con las huelgas de trabajadores del campo en el Pesillo en 1930-1931 y los primeros intentos en las década de 1940 para articular una organización a nivel nacional. Describe luego, la implementación de la reforma agraria de 1964. Una agenda, agrega el autor, impuesta como parte de la política de la Alianza para el Progreso, cuyos efectos redistributivos fueron bastante limitados y que tendió más bien a eliminar la influencia de líderes y activistas de izquierda dentro de las organizaciones rurales campesinas. Culmina, finalmente, con la emergencia de lo que Becker denomina, el movimiento étnico nacionalista de finales de siglo XX. A través de esta mirada de larga duración del movimiento indígena, Becker pretende mostrar las continuidades en las demandas, en las formas de organización de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie) con las organizaciones pasadas. Su propuesta apuesta a desarmar los supuestos de algunos cientistas sociales que se han empeñado en ver la emergencia

de los actores indígenas en la década de los noventa como «nuevos» y —por tanto— desvinculados de organizaciones y luchas pasadas, específicamente, de los sectores urbanos de izquierda.

En la misma línea con la historia social o la historia desde abajo, Becker confronta visiones tradicionales de la historiografía que veían en las poblaciones indígenas agentes pasivos, prepolíticos y parroquiales. Cita, por ejemplo, la influyente novela *Huasipungo* de Jorge Icaza de 1934 que retrata a los indígenas como entes casi irracionales, faltos de conciencia política, aferrados al pasado, e incapaces de asimilar la modernidad. Becker, en cambio, propone que los indígenas en el Ecuador fueron activos agentes políticos que, articulados a «masivos actos de protesta social», cuestionaron la política económica gobernante y demandaron la expansión de los derechos ciudadanos (50).

Becker confronta también la noción de ventrilocuismo de Andrés Guerrero (1991). El autor señala que algunos académicos han calificado la relación de la izquierda hacia los sectores rurales como paternalista y han sostenido que la izquierda usó la pobreza de las comunidades indígenas para su propia ganancia personal en la política. En esta línea, Andrés Guerrero describió la relación de la izquierda con las poblaciones indígenas como ventrilocuismo pues la izquierda utilizó las demandas de las poblaciones indígenas como herramientas contra sus enemigos políticos más que para lograr cambios reales para los sectores indígenas. Becker critica esta perspectiva y sostiene que los trabajadores rurales y los intelectuales de izquierda trabajaron conjuntamente —como camaradas— para lograr la justicia social (10). Becker señala que una cuidadosa revisión de las fuentes demuestra que los activistas indígenas en el Ecuador, ya desde la década de 1920, se apoyaron fuertemente en líderes urbanos de izquierda para formar sus organizaciones en las que se discutían, tanto cuestiones sobre etnicidad, como cuestiones (estructurales) económicas (10). Su crítica apunta también a la falacia de pretender que los movimientos sociales se construyen ausentes de toda influencia, para así pensarlos como genuinamente autónomos. Siguiendo a Howard Zinn (1994), Becker puntualiza que de hecho pensar en los movimientos sociales, excluyendo a los agitadores sociales externos, sería como historizar a los movimientos sociales. Pero Becker avanza incluso un paso más: él no solo ataca la noción de ventrilocuismo sino que considera que la izquierda sí incluyó cuestiones de etnicidad y racismo en sus propios discursos. Las cuestiones de etnicidad no estuvieron ausentes en los debates de la izquierda. De hecho los intelectuales de izquierda veían a las cuestiones de clase y etnicidad como las dos caras de una misma moneda (15).

Si bien Becker introduce una refrescante mirada, más dinámica, más fluida de la relación entre grupos urbanos de izquierda y movimientos y líderes indígenas en el siglo XX, su propuesta parece imaginar una sociedad en la que la dominación y particularmente el racismo provenían únicamente de las clases altas, del Estado, de los hacendados en lugar de pensar el racismo como un elemento que atraviesa a toda la sociedad y está presente en la cotidianidad de las relaciones humanas. Indudablemente, fueron los sectores de izquierda que en las décadas de 1920 y 1960 los que agendaron dentro de una sociedad vertical, conservadora y patriarcal

críticas sobre la situación de opresión, pobreza y subordinación de los trabajadores urbanos y rurales. Pero es cierto también que en la agenda de la derecha y de la izquierda «el cambio» para los indígenas pasaba por su asimilación, mestización y civilización. Los sectores urbanos de izquierda ciertamente pugnaron por la reforma agraria, por la educación del indio pero los términos de distribución de la tierra o educación del indígena no cuestionaban los paradigmas del desarrollo occidental.

Referencias citadas

- GUERRERO, A., 1991 – *La semántica de la dominación: El concertaje de indios*; Quito: Ediciones Libri Mundi. Primera edición.
- ICAZA, J., 1934 – *Huasipungo*; Quito: Imprenta Nacional.
- ZINN, H., 1994 – *You Can't Be Neutral on a Moving Train: A Personal History of Our Times*; Boston: Beacon Press.

Carmen SOLIZ